

CC-VIII

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo III



LA PUREZA DEL IDEALISMO

(Para LA NACIÓN)

SALAMANCA, octubre de 1915.

Aquí delante tengo tres libros de filosofía germánica, uno de ellos celeberrimo en el mundo entero. Son la «Crítica de la razón pura» (Kritik der reinen Vernunft) de Kant, la «Crítica de la experiencia pura» (Kritik der reinen Erfahrung) de Ricardo Avenarius, filósofo suizo, de Zürich, el fundador del llamado empocriticismo, y la «Lógica del conocimiento puro» (Logik der reinen Erkenntnis) de Herminio Cohen, judío, profesor de la universidad de Marburgo. No hace falta pasar de los títulos para ver que tiene una cosa en común, sean cuales fuesen sus diferencias, y es la pureza. Las tres obras tratan de tres cosas puras: la razón pura, la experiencia pura y el conocimiento puro. O si se quiere: la pura razón, la pura experiencia y el puro conocimiento.

la/r

«¡Alto ahí!—exclamará algún lector que se pique de diestro en achaque de tiquismiquis de nuestra lengua— ¡Alto ahí! En castellano no es lo mismo razón pura que pura razón» En efecto, así es. Y acaso mejor que «Crítica de la razón pura» estaría llamarle a la obra fundamental y ya clásica de Kant «Crítica de la pura razón». De la misma manera no es lo mismo un tonto puro que un puro tonto. El adjetivo «puro» cuando se pospone implica algo de sentido moral y un tonto puro podría significar un tonto que a pesar de su tontería atesorase pureza moral, mientras que un puro tonto significa un tonto que no es más que tonto, sin mezcla de otra cosa alguna. Y así razón pura podría pasar por una razón limpia en el sentido moral, no empañada de pasión, y pura razón es una razón que no es sino razón. Aunque en el fondo, en este caso, las dos cosas coinciden. ¿Y cuál es el sentido, en que Kant llamó pura a la razón, Avenarius pura a la experiencia y Cohen puro al conocimiento?

El primer párrafo de la introducción de la «Crítica de la razón pura» trata de la diferencia entre el conocimiento puro—o puro conocimiento—y el empírico. Allí se nos dice que todo nuestro conocimiento empieza con la experiencia, pero no surge de la experiencia, y se trata de investigar ese conocimiento apriorístico, libre o puro de experiencia. ¿En rigor, como si dijésemos un conocimiento que no es más que conocimiento? No del todo.

Cohen es más explícito: «La expresión «puro»—dice—fué usada en Grecia por aquellos, que cultivaron la filosofía a la vez que la matemática. Los centros pitagóricos lo favorecían mucho y Platón lo pone en el punto medio de su terminología científica. ¡Quede lejos a profana sospecha de que lo puro resulte vacío de contenido! Solamente el contenido impuro,

que no es verdadero contenido alguno, forma la oposición a lo puro; pero sólo en el sentido de que lo puro se refiere al contenido impuro para transformarlo en un contenido puro. «Quiero hacer gracia al lector de todo lo que sigue diciendo Cohen respecto al concepto de pureza—«Reinheit»—y el criterio para establecerla. Basta añadir que «es por la idea como lo puro alcanza su valor metódico».

¡La pureza! ¡la idea! ¡el idealismo! Ya estamos en aquel mundo trascendente, por encima de las nubes, donde, según decía Juan Pablo Richter, el albillico humorista, se pinta éter con éter en el éter. Es un mundo vagaroso y nebuloso, de donde parece que no desciende a la tierra sino una apacible pureza. Estamos lejos, al parecer, de las que Hegel llamaba las impurezas de la realidad. Porque lo puro es el ideal, la idealidad, la idea, y lo real, la realidad, las cosas, es impuro.

Tomad ahora a este mismo Hegel, el más formidable maestro de idealismo, el que ensalzó la guerra elevándola a categoría ideal trascendente, a algo puro, es decir, a algo que vale por sí mismo, aparte de su finalidad ética, a un valor en sí, intrínseco, y leed en él la famosa proposición A del primer capítulo de la primera sección del libro primero de su «Ciencia de la lógica», aquella en que establece que el puro ser—«reines Sein»—el ser que no es más que ser, sin otra ulterior determinación, el ser sin contenido, el que no es ni substancia, ni accidente, el puro concepto de ser no es de hecho sino la pura nada—«das reine Nichts». «El puro ser y la pura nada son, pues, lo mismo», dice en la proposición C. ¡¡Gamatías! dirá alguien. Y no, no es eso, sino algo muy claro. Una cosa que no sea ni grande ni pequeña, ni visible ni invisible, ni cuerpo ni cualidad, que no sea más que cosa, no es cosa alguna.

En rigor cabe decir que la ciencia trata de cosas puras; o por lo menos de matemática. El punto, la línea, la superficie y el volumen de que la matemática trata son punto, línea, superficie y volumen puros. Es un punto inextenso, una mera y pura posición en el espacio, el lugar de la intersección de dos líneas puras o el límite de una pura línea; es una pura línea, sin más que una dimensión, etc. Todo lo cual no se da así, en su pureza, más que en nuestra mente. Como que los tales puntos, líneas, superficies y volúmenes son conceptos del puro conocimiento.

¡Qué pureza de aire espiritual el que se debe respirar en esas cumbres del puro conocimiento! Allí el espíritu se descarga y desembaraza de las consabidas impurezas de la realidad y puede mirar desde allí al mundo, como acaso nos estén mirando una especie de ángeles desde la estrella Sirio.

Resulta, además, muy cómodo eso de





elevarse al mundo de las ideas puras o si se quiere al mundo puro de las ideas. Como que luego se desciende a este bajo mundo de las realidades impuras, de los intereses, las pasiones... bien pertrechado para poder llevar en él a cabo cualquier barbaridad con la mayor tranquilidad de conciencia. Pues el tal mundo puro es el más grande aquietador o apagador de conciencias.

Todo eso de la pureza guarda el más estrecho parentesco, si os fijáis bien, con la diferenciación. Porque hay una diferenciación del trabajo para los hombres y hay una diferenciación de trabajos o de objetos sobre que se va a trabajar. A todos se nos ha enseñado que las industrias prosperan merced a la diferenciación del trabajo, y que en el cultivo de la ciencia conviene la especialización. Pero esta especialización dice a un doble respecto: al investigador que se especializa en una materia y a la materia especializada. Así, cuando uno se especializa en el estudio de la economía política, pongamos por caso, si se fija en un hecho histórico sólo tomará de él lo económico, dejando de lado todo el resto. El investigador tiene que adiestrarse a separar del pedazo de realidad sobre que opera su inteligencia todo aquello que no pertenezca a la materia que técnicamente estudia.

Hace unos días me encontré con un militar y al hablarle (claro está! de la guerra actual, me dijo: «No hablemos de su aspecto moral o jurídico, ni de sus causas políticas, ni de su finalidad

ética; nada de eso me interesa; no me interesa más que la guerra en sí, como guerra, sean cuales fueren los ideales o los intereses que en ella se debaten y tenga razón quien quiera que la tenga—sí es que la tiene alguno,—no me interesa sino la guerra por la guerra misma, la técnica de la guerra». «Vamos, sí,—le contesté—la pura guerra o la guerra pura». Y aquí tenéis un idealista enamorado de la pureza de la guerra, un puro técnico. Y la posición de un puro técnico es de un extraordinario desembarazo.

Figuraos a un general en jefe impuro, quiero decir, que sea algo más que general en jefe, que sea político, o siquiera que sea hombre; a un general en jefe ciudadano libre—no puro—de una patria libre—no pura—el cual tenga una idea respecto a la mayor o menor justicia—esto es: a la mayor o menor injusticia—de la guerra que tiene que dirigir técnicamente. ¿No es natural que la idea que él tenga respecto a la justicia o injusticia de la guerra influya en el modo como la lleve? ¿Es posible que un estratega, que siendo ciudadano y hombre, dude, en el fuero íntimo de su conciencia, de la justicia de la causa de su patria, o acaso esté tristemente convencido de su injusticia, dirija la campaña con la eficacia de un bárbaro puro—o sea, de un puro técnico—

que ni siquiera se haya planteado en serio el problema de la finalidad ética de la guerra que le mandan dirigir?

Dicen los puros técnicos—es decir, los puros bárbaros—que el fin de la guerra es la victoria, imponer el vencedor su voluntad al vencido. Pero no les preguntéis por el fin de la victoria a esos puros técnicos, porque lo propio de su barbarie es una voluntad pura o una pura voluntad, la voluntad de sobreponerse, la voluntad de prepotencia o de hegemonía. ¡Cuánta pureza!

Hablando de los males que acarrea en la sociedad la diferenciación del trabajo llevada con implacabilidad técnica o de organización, es decir, bárbaramente, se ha dicho que la cabeza de un obrero que no hace más que forjar cabezas de alfiler propende a convertirse en una de éstas. No basta que el obrero tenga conciencia de formar parte de una sociedad que hace no sólo alfileres enteros, sino todo lo demás de que necesita el hombre, y que el obrero sienta la solidaridad del trabajo diferenciado; el que sólo hace cabezas de alfiler acaba por convertirse en cabeza de alfiler. El puro especialista, por mucho que de su especialidad sepa, no pasa de ser un puro bárbaro. Cabe decir que le es superior un salvaje.

Un salvaje es, en cierto modo, un hombre enciclopédico, un verdadero microcosmo, uno que se basta a sí mismo. Es un Robinsón, ideal del hombre libre, aunque no del puro hombre. En una tribu salvaje lo que hace uno lo mismo puede hacerlo otro y cada cual tiene las mismas capacidades y habilidades. Pero en una sociedad bárbara los oficios están escrupulosamente diferenciados. Lo característico de la barbarie es el régimen de castas, sean o no éstas hereditarias. «¡Zapatero, a tus zapatos!» tal es la fórmula de la barbarie. Y en el campo de la religión aquello de nuestro catecismo: «eso no me lo preguntéis a mí, que soy ignorante; doctores tiene la Santa Madre Iglesia que se sabrán responder.» La consigna, el santo y seña de la barbarie, es la delegación. En una sociedad bárbara el químico, el filólogo, el cirujano, el teólogo, delega su ciudadanía con tal de que le den medios para hacer quími-

ca, filología, cirugía o teología. Si en el ejercicio de su profesión le dejan libre e investiga libremente en ella, ¿qué le importa lo demás?

La barbarie de la Edad media se caracterizaba por el régimen de castas, de gremios, de profesiones cerradas, íntimamente conexas con el feudalismo. El feudalismo es la barbarie, aunque hubiese libertades comunales. Las guerras las ocasionaban y provocaban y dirigían los príncipes, sin que los pueblos supiesen, por lo





común, ni porqué ni para qué peleaban. Y los ejércitos eran dirigidos por profesionales de la milicia, por condottieros, por técnicos, es decir, por bárbaros. Y cuando los conducían ciudadanos, hombres que tuviesen conciencia de civilidad, y las guerras eran populares, entonces... ¡la cosa es triste! llevaban las de perder.

Y al fundirse, aunque no más que en parte, la barbarie de la Edad Media en la aurora del Renacimiento, ¿qué es lo que distingue a éste? La reaparición del hombre, del hombre completo, del hombre libre—no puro—de la personalidad. Y la personalidad es lo menos puro que hay. Como que está mezclada con todo y participa de todo. Y el Renacimiento nos ofrece, sobre todo en Italia, la más rica colección de personalidades, de hombres mundos, de hombres enciclopédicos hondamente preocupados de la finalidad última de las cosas. Y a la doctrina del Renacimiento no puede llamársele idealismo. Llámesele más bien espiritualismo. No era la idea, era el espíritu lo que cultivaban aquellos hombres.

El tipo triste del filósofo puro, del filósofo que no es más que filósofo, del que se desinteresa de lo que no sea filosofía, del filósofo profesional o técnico, que degenera al punto en filósofo de cámara o de estado, este tipo triste apenas lo encontramos en el Renacimiento. El mandarínato volvió a reaparecer más tarde, con otro renacimiento, con el renacimiento de la barbarie, o sea de la técnica, a fines del siglo XVIII. Porque mientras la Revolución francesa barría no pocos restos de la barbarie medioeval, otra nueva barbarie se estaba fraguando bajo el Moloc Estado.

A más de un panegrista y admirador de la barbarie organizada o de la organización bárbara le he oído exponer su concepto y su sentimiento de la libertad. «Yo me dedico a una rama de la zoología—me decía uno de éstos—y si me dan medios, museos, parques, laboratorios, me ayudan a trabajar, me recompensan mi trabajo y me permiten exponer libremente el resultado de mis investigaciones, aunque éste destruya dogmas recibidos y contrarie prejuicios, ¿qué más libertad puedo apetecer? Ante este concepto tan técnico me quedé perplejo. «Si el que me gobierna—añadi—no se mete a fiscalizar mi labor profesional ni a ponerme trabas en ella, si me deja entera libertad de trabajo, de investigación y de exposición, ¿para qué me voy a meter yo a fiscalizar sus medidas de gobierno? Cada cual a lo suyo y allá él con su cometido». Quedé más perplejo que antes. «Es decir—le dije—que si a usted el gobierno le da medios para realizar el trabajo de su función profesional libremente, usted está dispuesto a dar su voto al diputado que vote todos los subsidios que el gobierno pida, sean para lo que fueren?» «¡Pues claro está!» me replicó. Y ahora abundan por acá los que están difundiendo este peregrino concepto de la libertad... diferenciada, técnica o bárbara. Con lo que no podemos pasar otros que no renunciemos a la parte que nos toca de soberanía popular.

A mí el gobierno de mi patria, justo es decirlo, no me cohibe en mi labor ni me coarta la libertad ni de profesor ni de publicista. En mi cátedra puedo decir cuanto se me antoja, en mis escritos escribir lo que se me ocurra y jamás se me ha puesto limitaciones a la libertad de pensamiento en mis conferencias. No hay más límite que mi propia discreción. En tal sentido España es uno de los países más libres del mundo, y el que diga lo contrario o es un majadero que habla de lo que no sabe o miente como un bellaco. Pero a mí y a otros como a mí, no me basta con eso. Quiero intervenir en la cosa pública y juzgar de sí es justa o no una decisión de mi gobierno y oponerme a ello, cuando la crea injusta, por los medios a mi alcance, aunque esa decisión favorezca mis empeños personales. Me explicaré.

Figuraos que mi patria, España, va a empeñarse en una guerra, cuyo resultado, en caso de obtener la victoria, fuese, entre otros, que acrecentados el poderío y la riqueza de ella, yo obtendría más y mejores medios para cumplir mi labor, o más público que comprase y leyese mis obras, y mi nombre sería más extensamente conocido y celebrado, ¿habría yo por eso de cerrar los ojos a la justicia de esa guerra? ¿Habría yo de acantonarme en mi libertad diferenciada, y como profesor puro, o puro escritor, dejar al puro príncipe o a los puros gobernantes que decidiesen la guerra y al puro general que la dirigiese? ¡De ninguna manera! Hay que darle a la justicia su puesto al sol. Y es barbarie, y nada más que barbarie, el que un pueblo, por creerse superior a otro—en lo que de ordinario prueba su inferioridad—se juzgue con derecho a imponerle su ley, la ley bárbara del bárbaro vencedor.

«Vienes desde hace años—me dice mi ángel malo—publicando obras literarias y filosóficas, o mejor literario-filosóficas, ni de pura filosofía ni de pura literatura, obras entre serias y humorísticas, ni puramente serias, ni puramente jocosas, en que tratas de fundir, no de mezclar, las burias y las veras, lo cómico y lo trágico, como esa novela «Niebla», que lanzaste al público hace medio año y que tu público parece no haber recogido aún. ¿Es que no crees que si tu patria se metiese en aventuras de que hoy huye como de la peste, esas tus obras alcanzarían, con tu nombre, más extensión e influjo? Figúrate tú que en vez de no ser, como no eres, más que todo un español, y un español impuro, quiero decir, con muchos más elementos en tu alma que tu españolidad, y que te permites residenciar y juzgar y en algunas cosas condenar a tu patria, y ello por lo mucho que la quieres, fueses un puro alemán, sin otra religión que la religión pagana del engrandecimiento de tu patria, sea él como fuese, lleno de fe en la sabiduría de los





que rigen sus destinos, ¿no te parece que en tal caso tu patria sería mejor pedestal para tu fama, tu provecho, tu nombre y tu obra? ¿No crees tú que si en vez de ser hijo de un país como el tuyo, que no siente ya rencor alguno contra los Estados Unidos, por aquello de la guerra de Cuba, porque, en el fondo, está convencido de que aquella guerra se debió perder, pues era de parte de España injusta, y la culpa fué no haber dado a tiempo independencia, no ya autonomía, a Cuba; no crees tú que si en vez de ser hijo de un país así, capaz de conciencia pública, que se arrepiente y se confiesa culpable, fueses hijo de un imperio, como el de Alemania, cuya voluntad colectiva es la justicia para cada uno de sus miembros, no crees que entonces esa tu novela «Niebla», pongo por caso, o cualquiera otra de tus obras filosófico-literarias y jocosas, habrían sido recibidas de otro modo, y las que llaman sus paradojas pasarían por profundas concepciones? ¿Qué se diría de un Nietzsche portugués o guatemalteco o siquiera español?

El, Nietzsche, era individualmente un alma de vencido, pero pertenecía a un pueblo de vencedores. Y, convéncete de que logra más un alma esclava en un pueblo señor que un alma señora en un pueblo siervo. Esto y cosas así es lo que suele decirme mi ángel malo. Y mi ángel malo, el que llevo siempre conmigo en constante pelea, con mi ángel bueno—como que esa pelea entre mis dos ángeles es toda mi vida íntima—ese mi ángel malo se me ha hecho ahora germanófilo. Aunque no tan puramente tonto, tan puro tonto, como la mayoría de los germanófilos con que topo por acá. No, a mi ángel malo se le ocurren en favor de Alemania y de su

causa razones mucho más razonables que las que exponen estos nuestros pobres y puros germanófilos que no cuentan para razonar más que con el puro sentido común—es decir, el sentido común no reducido a sentido propio,—operando sobre los datos y noticias que les dan, a beneficio de inventario, unos puros informadores que reciben sus informes de unos puros alemanes idealistas. Idealistas de la idea imperial.

Un puro mentecato que se firma con un apellido de dos más corrientes españoles y escribe en un periodiquito que se publica en castellano en Berlín—Charlottenburg, así va fechado,— escribe, con la pura tontería que caracteriza a estos infelices, que si yo ataco ahora a la «kultur» y a la concepción prusiana de la vida y del derecho, es porque no soy ya rector de esta universidad de Salamanca. La salida es estupenda y como para hacer reír hasta a un lector del «Simplificimus!» Por supuesto, era rector todavía, allá a principios de agosto del año pasado, en los primeros días de la guerra, cuando escribí mi primer escrito contra la causante de la guerra. Es más, no se hablaba de la próxima guerra, a principios de 1913, cuando en el «Mundo Gráfico», de Madrid, inicié mis burlas y ataques a la «kultur», al ver los peligros de su traducción española. Tenía la pureza del idealismo tónico. Sabía que por el camino de que las cosas puras se identifican, que todo lo real es ideal y todo lo ideal real, y que todo es uno y lo mismo, sabía que por ese panteísmo, o mejor pan-germanismo pagano y estatista, se justifican, en nombre de la victoria y el poder, todos los atropellos. Y por encima de mi patria está la justicia.

MIGUEL DE UNAMUNO.

